

CAPITULO CVIII.

Valor y desesperacion.

NDIVINABA Cortés, con ese instinto maravilloso que distingue á las organizaciones privilegiadas, que los mexicanos, á pesar de las derrotas sufridas, no tardarian en rehacerse; y despues de distribuir sus huestes convenientemente para no abrigar temor alguno respecto á las poblaciones de Xochmilco, Culucan, Iztacpalapa, Mexicalcineo, Cuitlabac y otras aliadas ó vencidas, mandó tambien que los bergantines se colocasen á raiz de la calzada, protegiéndole por ambos lados.

Salió, pues, de su real muy de madrugada con más de doscientos españoles y unos ochenta mil indios.

Los mexicanos iban muy bien armados, y dispuestos á la defensa, cubrian la parte quebrada de la calzada.

Acometieron los españoles con su acostumbrada valentía, rompiendo por entre aquellas poderosas huestes.

Los indios aliados, animados con su ejemplo, rivalizaron con ellos en bravura.

Los mexicanos opusieron una gran resistencia, colocándose detrás de un baluarte.

La lucha duró más de tres horas.

Hernan Cortés logró al fin desalojarlos de aquel punto, y les siguió hasta la entrada de la ciudad.

Habia allí una torre, y al pié de ella un puente defendido por una magnífica albarrada, por debajo de la cual corria gran cantidad de agua.

Era indispensable pasar por aquel puente.

Pero los indios que le defendian impedian aproximarse á los españoles.

Arrojaban tan gran número de piedras y flechas, que intimidaban á los más valientes.

Los soldados de Cortés empezaban á desmayar ante aquella cruda resistencia.

El ilustre caudillo, adelantándose á todas sus tropas ántes que el desaliento se apoderase por completo de ellas:

—Seguidme todos, exclamó, y la victoria será nuestra.

Al mismo tiempo hizo señal para que los bergantines acometiesen por ambos lados, y los enemigos, al ver el peligro que les amenazaba, abandonaron la albarrada.

Saltaron en tierra los que tripulaban los bergantines, y despues en ellos y á nado pasó todo el ejército.

Cortés ordenó que los indios de Tlaxcala, Güexocinco, Cholula y Tezcucos cegasen con piedra y adobes aquel puente.

Los españoles continuaron avanzando.

Nuevas luchas, más encarnizadas si cabe que las anteriores, tuvieron que sostener con los enemigos, que peleaban con el valor de la desesperacion.

Por fin ganaron otra albarrada que estaba en la principal y más ancha calle de la ciudad.

Persiguiendo siempre á los enemigos llegaron hasta otro puente en donde se habian replegado.

Habian cortado, despues de pasar, la única viga de que constaba, y los españoles no tenian otro recurso que atravesar á nado.

Comprendieron que seria una temeridad efectuarlo, porque su muerte seria segura.

Ademas, desde las azoteas de las casas les hacian un daño terrible, y Cortés dispuso que la artillería hiciese algunos disparos, al mismo tiempo que los arcabuces y ballestas.

Esto aterrorizó á los enemigos.

Algunos empezaron á abandonar sus puestos.

Los españoles entónces se arrojaron al agua, y á nado ganaron la opuesta orilla.

La confusion que esto produjo en el ejército mexicano decidió la victoria en favor de las huestes de Cortés.

Todos huyeron despavoridos, y abandonaron la albarrada que habian defendido durante dos horas.

Pasó el ejército, y el ilustre conquistador dispuso que los indios cegasen el puente con los materiales de la albarrada.

Los españoles, acompañados de muchos de sus aliados, corrieron al alcance de los fugitivos, y á dos tiros de ballesta hallaron otro puente, pero sin albarrada, situado junto á una de las principales plazas de la ciudad.

Colocaron un cañon, con cuyos disparos sembraban la muerte en el campo enemigo, y cuando los mexicanos empezaron á desmayar al ver diezmados á sus hermanos, jugando el todo por el todo, se decidieron á penetrar en la ciudad los españoles.

Los fugitivos quisieron hacer un último esfuerzo.

Corrieron á refugiarse en el templo mayor, dispuestos á defenderse hasta perecer todos.

Pero el mortífero fuego de cañon les hizo abandonar aquel asilo y al salir los alancearon los españoles.

Estos descansaron allí un rato, entreteniéndose en derribar cuantos ídolos encontraban.

Guatimotzin, indignado por la cobardía de sus soldados, reunió á los que habian sobrevivido á aquella batalla, y con la energía que le caracterizaba:

—¡Miserables! les dijo. ¿Cuándo los mexicanos han vuelto la espalda al enemigo? ¿Cuándo han huido vergonzosamente, abandonando en su huida á sus hermanos que más valientes

que ellos, peleaban con los invasores, y por exceso de su valor, al hallarse en corto número, perecian en aras de la patria?

La muerte es preferible mil veces á la deshonra con que habeis manchado vuestra victoria.

Pero aun es tiempo de enmendar vuestra incalificable conducta.

Caed de nuevo sobre los extranjeros, pelead cuerpo á cuerpo con ellos, y pereced todos si es preciso.

Si vacilais, si sois tan cobardes que no quereis volver por el honor perdido, yo solo partiré á su encuentro, para demostrarles, que si hay soldados tímidos como el colibrí, tambien hay guerreros que no retroceden jamas.

Estas palabras enardecieron á los mexicanos.

—Quedaos aquí; nosotros iremos al encuentro de los extranjeros, y ó pereceremos todos, ó los exterminaremos por completo.

Y con bélico entusiasmo, con extraordinaria ferocidad, en medio de horrible griterío, rodearon el templo en donde se hallaban los españoles; y los más atrevidos, sin considerar el riesgo que corrian, penetraron en él y comenzó una lucha cuerpo á cuerpo, superior á toda ponderacion.

—Morid, perros, decian; si no conseguimos arrojaros de aquí, incendiaremos el templo y perecemos todos.

Muchos soldados españoles, atemorizados por aquel inesperado combate, huyeron despavoridos, á pesar de los esfuerzos que Cortés y sus capitanes hicieron para detenerlos.

En su huida abandonaron la única pieza de artillería que tenían.

Envalentonados los indios por el triunfo que acababan de obtener, siguieron á los fugitivos.

Afortunadamente para éstos, llegaron tres de sus compatriotas de á caballo, y alanceando á sus perseguidores les obligaron á apelar á su vez á la fuga.

Se dirigieron despues al templo, donde se habian hecho fuertes los enemigos, y con cinco españoles de los màs valientes subieron las gradas, entraron en las capillas y mataron diez ó doce mexicanos.

Quando desalojaron por completo el templo, volvieron á salir, y uniéndose á otros seis de á caballo, dieron juntos una carga, en la que perecieron más de treinta mexicanos.

Siendo ya tarde, y deseando Cortés dar descanso á sus soldados, mandó que levantasen el campo.

Entónces tuvieron ocasion los españoles de admirar una vez más la prevision de su caudillo.

A no haberse cegado los canales, no hubieran podido pasar los caballos, y por lo tanto no hubieran podido proteger la retirada.

Antes de abandonar la ciudad, quemaron muchas casas, para que cuando volvieran no pudieran hostilizarles desde ellas los enemigos.

CAPITULO CIX.

Horrores de la guerra.



La estrella de Hernan Cortés comenzaba á brillar de nuevo con su antiguo esplendor.

Cincuenta mil tezcucanos, al mando de Iztlixuchilh, jóven esforzado y de veinticuatro años de edad, acudían á ofrecerse á sus órdenes para tomar parte en el sitio de México, y refuerzo tan importante en aquellas circunstancias era de inestimable valor.

El ilustre caudillo agradeció en extremo tan indudable prueba de amistad, y distribuyó veinte mil de aquellos soldados en las guarniciones que tenia en varias ciudades, incorporando los treinta mil restantes al grueso de su ejército.

Quando esta noticia llegó á oídos de los mexicanos, les afectó profundamente.

Entre aquellos valientes habia muchos que eran parientes y hermanos de los que en la ciudad se hallaban al lado de Guatimotzin, y les dolia tener que esgrimir sus armas contra seres queridos de su corazon.

Dos dias despues llegaron otras tribus de la Serranía á ofrecerse á Cortés, rogando que les perdonase su tardanza.

Traian abundantes víveres, tanto más preciosos, cuanto que empezaban á escasear los que habia podido reunir Cortés.

Este se alegró sobremanera de aquellas pruebas de amistad, porque contando con su auxilio nada podian temer sus compañeros que habia mandado á Cuiuacan.

Trató muy bien á los embajadores, repartió entre ellos algunos regalos, consistentes en espejos, cuentas de vidrio y otras fruslerías de las que tanto gustaban los indios, y les despidió diciendo que dentro de tres días pensaba dar la batalla decisiva, y que para entónces esperaba que vendrían á cumplir lo ofrecido.

Se retiraron jurando solemnemente asistir el día señalado, como lo verificaron en efecto.

Cortés envió tres bergantines á Sandoval y otros tantos á Pedro de Alvarado, para evitar que los mexicanos se abastecieran de víveres por aquella parte.

La experiencia le habia demostrado la utilidad de las naves colocadas en las inmediaciones de los puentes.

Los capitanes de los bergantines recorrían día y noche la costa, y apresaban muchas canoas cargadas de víveres y de gente.

Su exquisita vigilancia no permitía entrar ni salir á ninguna barca enemiga.

La víspera del combate mandó Cortés que se dijera misa, á la que asistieron todos los capitanes, muchos soldados y algunos indios.

Terminada esta solemne ceremonia, que se verificó en medio del mayor recogimiento por parte de los que á ella concurrieron, indicó á cada cual lo que debia hacer.

Inmediatamente, acompañado de veinte caballos, trescientos españoles, gran número de indios, y llevando dos piezas de artillería, fué en busca de los enemigos.

Estos, que durante tres días no habian tenido que combatir, se habian aprovechado de la tregua para limpiar los canales que habian cegado los españoles.

Habian construido tambien fuertes baluartes, y allí esperaban á los extranjeros.

La batalla comenzó de nuevo.

Tarea enojosa y sobrado árdua seria para nosotros el hacer detallada relacion de aquella desesperada lucha, en la que ambos contendientes no veian más alternativa que la de la victoria ó la muerte.

Infatigable era el desvelo en entrambos campos.

Aquella incesante pugna se prolongaba, haciéndose dudoso el éxito.

Pero al ver los mexicanos que avanzaban los bergantines por una y otra parte de la calzada, aflojaron en la defensa.

Los que los tripulaban saltaron en tierra.

El ejército pasó el puente.

Los enemigos corrieron á refugiarse en otro que habia inmediato.

A pesar de su heroica resistencia, tambien tuvieron que abandonarle.

Cortés volvió de nuevo á la ruda tarea de cegar los caños con adobes, piedra y madera, y á allanar los obstáculos que impedían la marcha de los caballos.

Diez mil indios le auxiliaron en esta operacion y á pesar de tan crecido número emplearon en ella todo el día.

Los soldados españoles, en tanto, acompañados de los indios que formaban parte del ejército expedicionario, sostenian escaramuzas con los mexicanos, causándoles muchas víctimas.

Recorrieron tambien las calles que no tenian canales, y sirviéndose de los caballos, lograron ahuyentar á los enemigos, obligándoles á encerrarse en las casas y los templos.

Los indios aliados se entusiasmaban con las ventajas que alcanzaban sobre los de México, y arrojándoles piernas y brazos de los infelices que habian perecido en el combate, les decian:

—Esta carne es de los vuestros. Esta noche la cenaremos, mañana la almorzaremos, y despues vendremos por más.

—Tomadla, añadian otros; ya que habeis de morir de todos modos, al ménos no perezcais de hambre.

Y despues de estas exclamaciones, invocaba cada uno su ciudad natal, y ponian fuego á las casas.

Mucho sentian los mexicanos verse asediados por los españoles; pero les era aun más doloroso el que les ultrajasen los que habian sido sus tributarios.

Cortés para atemorizar más y más á los vencidos, derribó muchas torres y quemó los ídolos.

Incendió asimismo las magníficas casas en que se habia alojado en otro tiempo, y la que en la plazà servia para las aves, casa en la que, como recordarán nuestros lectores, se hallaban reunidos los mejores ejemplares de todas especies.

Los mexicanos veian con pena convertirse en cenizas aquellos suntuosos edificios, y jamas habia pasado por su imaginacion la idea de que nadie hubiera cometido semejante atentado, y mucho ménos que unos cuantos españoles habian de privarles de tantas aves, que para ellos representaban recreo y utilidad.

Entre tanto que ardía el fuego, recogió Hernan Cortés su gente, y comenzó á retirarse.

Los enemigos cargaron otra vez sobre ellos, y mataron algunos de los que, cargados con el botin que habian hallado al saquear las casas, se habian quedado rezagados.

A no ser por los caballos que llevaban los españoles, hubieran tenido que lamentar grandes pérdidas.

Pero arremetiendo contra sus perseguidores, lograron dispersarlos, en tanto que el ejército ocupaba los fuertes que habian construido.

Mucha fué la matanza de este dia; pero fué más horrorosa aún la quema de casas que se hizo.

Dos dias descansaron allí los españoles.

Cortés daba gracias á Dios por los triunfos obtenidos, y al retirarse á conciliar el sueño, no podia imaginar la tempestad que se cernia sobre su cabeza.

CAPITULO CX.

Un aviso providencial.



UNCA se ejerce impunemente la superioridad del génio. Jamas los hombres que dominan á sus iguales, por la sola grandeza de su pensamiento, lograron inspirar aquella ciega veneracion, que sin dificultad tributamos á la excelsitud del nacimiento.

Esta anomalía se explica fácilmente.

El uno es un derecho concedido por nosotros.

El otro lo dispensa solamente el cielo.

En aquel reconocemos nuestra fuerza.

En este vemos probada nuestra debilidad.

Obedecemos sin repugnancia al dueño que nos elegimos; pero jamas con gusto á aquel que nos manda por decreto más alto de la naturaleza.

Al levantarse los grandes hombres de todos los siglos, de todos los países, han sido siempre anunciados por el instinto repulsivo de las medianías; presentan éstas aun ántes de probarla, aquella fuerza extraña que debe dominarlas á su pesar; y afánanse por sacudirla, así como el caballo todavía indómito, bota, relincha y huye al aproximársele el hombre, porque la naturaleza pródiga y maternal con todas sus criaturas, le dió, para advertirle del peligro, un ojo de aumento que le presenta con colosales formas el sér inteligente cuya débil mano debe enfrenarle á su capricho.

Para el bien como para el mal, encuentran resistencia tenaz los que nacen con grán capacidad de practicar el uno ó el otro.